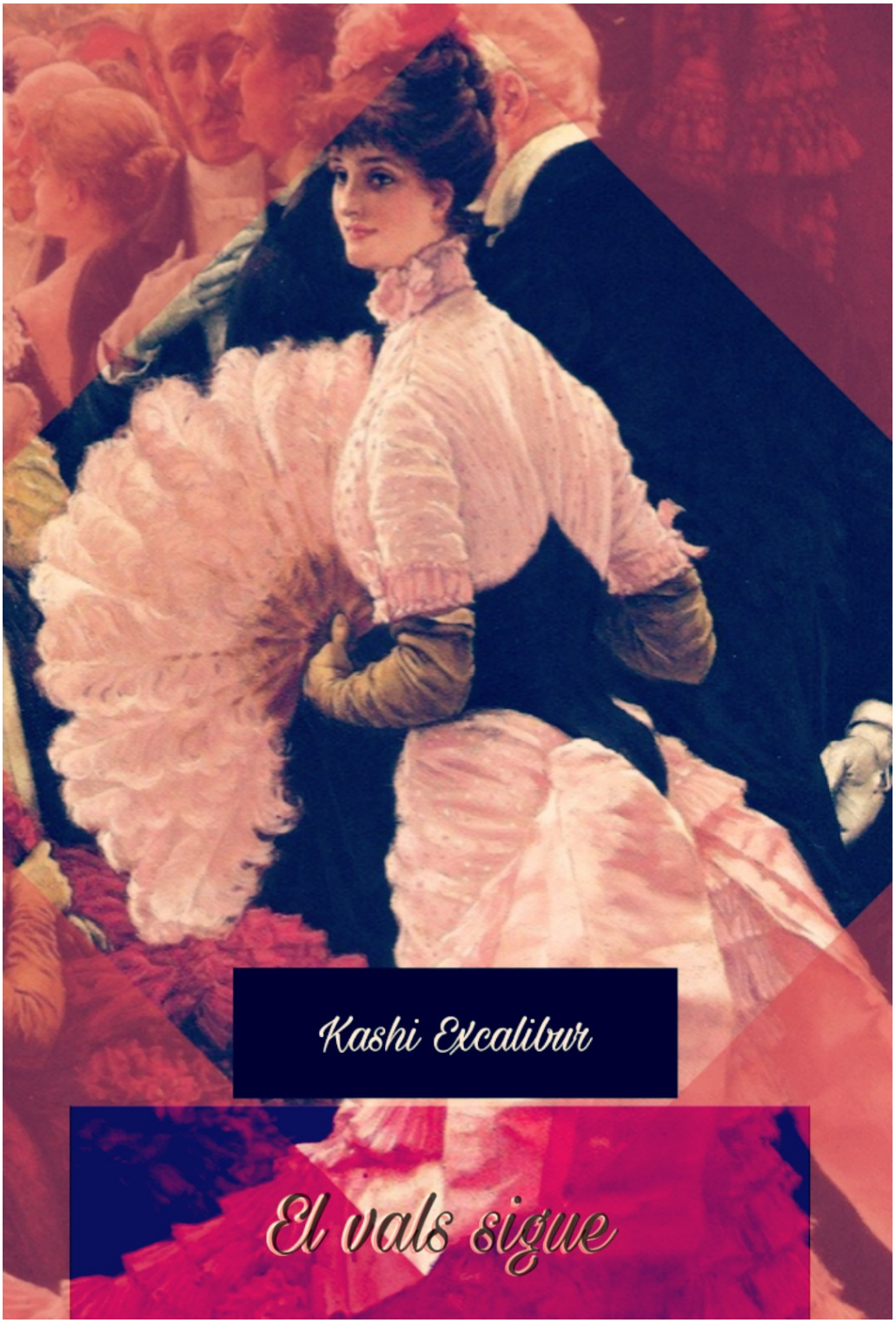
El vals sigue ©

Ave Fénix



Capítulo 1

El campo se veía de izquierda a derecha, las diferentes tonalidades que la luz del Sol le daba al pasto verde que se mecía de un lado a otro por la leve brisa del viento, llamaba mucho su atención. Percibía que estaba en una granja que al momento se encontraba en paz, los animales estaban descansando en sus respectivos lechos, pues el establo, estaba a unos metros de distancia hacia su derecha. Detrás sentía la presencia del hogar familiar.

En aquel momento no le importó el lugar donde se encontraba. Miraba a su alrededor el paisaje verde que dominaba la granja. Aspiraba el aroma del campo con suma suavidad, llenando sus pulmones y estómago de aire fresco. El campo abierto siempre le devolvía la energía vital que las situaciones de la vida cotidiana le quitaban. Un ruido en el techo de la casa la distrajo de sus pensamientos de paz.

El sonido era muy claro, alguien se encargaba de cortar un objeto con un serrucho. Escuchaba los jadeos de la persona que ejecutaba su habilidad para cortar. No era madera lo que cortaban, pues escuchó un grito agonizante, que se perdió con la llegada de una ventisca que la hizo adentrarse a la casa de color blanco de inmediato.

A pesar que afuera el sol brillaba con intensidad antes de desaparecer por el oeste, dentro del hogar la luz no iluminaba la casa como debería. Su planificación de ventanas estaba muy bien, sin embargo, era muy extraño que la luz no entrará por las ventanas. La joven observó la oscuridad dentro. Las paredes adornadas con papel tapiz color rojo con adornos dorados oscurecía todo por completo, la alfombra frondosa combinaba perfectamente con el papel tapiz, el halo de luz que entraba por la abertura que daba a la cocina le mostraba el polvo flotar por toda la habitación.

Se encontraba en la sala, adornada por libreros, mesas con libros encima y objetos que adornaban los respectivos muebles, aquella sala tenía un sillón para una sola persona del mismo color rojo. La televisión estaba prendida, se trataba de un aparato televisor viejo, que aún utilizaba antena de conejo. Vio que estaban dando comerciales y se acercó. En el sillón dormía plácidamente un anciano de cabellos blancos.

Lo observó delicadamente con una sonrisa dibujando sus labios. El anciano tenía la cabeza recargada en el respaldo del sillón que sobresalía para acomodar bien esa parte importante del cuerpo en situaciones como esa, roncaba con ligereza y tenía las manos en aspas que subían y bajaban sobre su estómago por el ritmo de su respiración. Pensando que aquel viejo había tenido un largo día de trabajo, apagó el televisor dando

vuelta a la perilla de encendido/ apagado.

Miró su reflejo por el cristal del aparato apagado. Al lado de la puerta principal, se encuentra el pasillo que lleva a las habitaciones de abajo y conduce a las escaleras. En la abertura observó la cabeza de un niño que se asomaba. Viró con rapidez, el niño que se escondía tras la pared se dio cuenta que fue descubierto y corrió. Al darse cuenta que no se trataba de un fantasma, lo siguió por el pasillo. Las habitaciones tenían las puertas cerraras y no había escuchado el mínimo ruido que alguien haya abierto o cerrado alguna, por lo tanto, vio hacia las escaleras que estaban completamente oscuras.

Sintió que los vellos de la nuca se erizaron al subir el primer escalón, que era iluminado por una pequeña ventana que estaba sobre la pared. En esta parte de la casa el papel tapiz era de color blanco, pero seguían teniendo los mismo adornos de color dorado. Subió el primer escalón, recargó su mano derecha sobre la pared y luego pasó al segundo escalón con sigilo y rechinó, los siguientes escalones rechinaron bajo sus pies.

Cuando al fin llegó a la segunda planta, se encontró otro pasillo igual al del primer piso. Esta vez el papel tapiz era color verde seco. Caminó y pasó una puerta de madera con unas pegatinas que la adornaban. Escuchó ruido, pero sabía que esa habitación era dónde su abuelo solía trabajar y era común que hubiese ruido a pesar que el anciano durmiera en el sillón allá abajo; además tenía prohibido entrar sin permiso.

Se enfocó en buscar al niño abriendo la puerta de la habitación que estaba a su izquierda, luego caminó unos metros más y se quedó en silencio. Era la última puerta que faltaba por revisar y no había nada cuando la abrió. Confundida, miró por la ventana que estaba al final del pasillo.

Todo estaba muy en paz afuera y el Sol, parecía que no iba a desaparecer por un rato, sentía que el tiempo se había detenido. Suspiró vencida, sólo faltaba revisar el tercer piso, el ático. Aquel lugar no le agradaba por su oscuridad, entró al último cuarto, esta vez, giró hacia la izquierda y subió las pequeñas escaleras que llevaban al ático. La pared era demasiado angosta y por eso, no se percibía que la habitación llevaba a otro lugar.

Al subir, abrió la puerta que al momento de ser empujada rechinó. Notó al instante a cuatro niños abrazados, protegiéndose de aquel que acaba de entrar. Se quedó en silencio preguntándose por qué había cuatro niños de aproximadamente 6 y 12 años. ¿Eran polizones? ¿Se habían perdido? ¿Los raptaron? ¿Fantasmas?

Titubeó un momento antes de hacer una pregunta estúpida, comenzó a ponerse nerviosa. Algo en su interior detectaba peligro, pero no distinguía si era a los pequeños que tenía en frente o a la casa. Sabía a la perfección que no era la casa, pero no quería ni siquiera mencionarlo en sus

pensamientos.

«Lo sabes muy bien...» Llevó una mano a su pecho intentando controlar su respiración y los pensamientos que comenzaron a fluir en su mente. «¿Por qué tiene un cuarto donde nadie puede pasar? Hasta tiene el letrero: prohibido el paso. Haz visto lo que hace ahí, ¿por qué lo has olvidado?»

—¿A ti también te ha obligado a venir a la fuerza?—Cuestionó la niña más grande del grupo, asustada se aferró a sus hermanos pequeños.

—¿Quién?—Su pregunta la hizo temblar.

Sabía a la perfección, pero tenía miedo de escuchar la respuesta. No tenía idea de como había llegado a la casa. Por un momento creyó qué tal vez, esa persona no era nada suyo. Un desconocido que un día la raptó como a esos pobres niños, pero ya era mayor y sabía distinguir entre la realidad, un recuerdo y una fantasía que albergaban su mente. Su abuelo era la personas más cariñosa, amable, amorosa que conocía en el mundo, pero también guardaba un secreto, un terrible y perverso secreto.

Hace años subió al segundo piso, primero buscó a su abuelo por toda la casa y no lo encontró. Recordó que el único lugar dónde podía estar era en la habitación que siempre tenía la puerta cerrada con seguro. Subió por las escaleras sin hacer ruido, si la madera había rechinado el anciano no pudo escuchar, pues estaba ocupado en su habitación especial. Pudo verlo de espalda, con su camisa blanca y su pantalón café detenido por los tirantes negros, trabajaba con un serrucho, estaba cortando un brazo que colgaba en la mesa de acero. Su abuelo volteó la cabeza, su rostro estaba salpicado de sangre, sonrió y pudo ver un brillo perverso en sus ojos azules. La puerta se cerró al instante ante sus ojos.

«Va a matarlos...»

Vio los rostros asustados de los niños, sintió que alguien estaba tras ella. No quería voltear, había descubierto otro secreto más de su abuelo ¿cómo era posible que siguiera con vida? Su querido abuelo mencionó su nombre con ternura. Con lágrimas en los ojos, negó con la cabeza antes de hablar, sin embargo, era demasiado tarde, un toque por parte de su abuelo en su hombro y toda imagen desapareció de su vista. El hoyo negro de su inconsciente tomó el control de su cuerpo y la desvaneció en los brazos del anciano, quién con delicadeza, la cargó entre sus brazos llevándola al cuarto de visitas, donde cambió su ropa por un camisón blanco muy largo y la acostó en la cama.

—Dulces sueños.

Capítulo 2

II

Abrió los ojos observando el techo blanco. Viró con lentitud la cabeza, le dolía mucho como si se hubiera dando un fuerte golpe en la parte frontal. Se frotó la frente con la mano izquierda y con la mirada empezó a estudiar la habitación. El papel tapiz era de color rosa muy claro, seguía teniendo las franjas doradas que lo adornaba, había peluches sobre un escritorio de madera pintado de blanco. Reconoció que estaba acostada sobre la cama de la habitación de visitas. Había mucha luz iluminando la habitación, tenía noción del tiempo solamente de ver la luz del Sol, se guiaba por las sombras que se creaban en el suelo, las paredes, objetos o árboles.

«Son las diez de la mañana más o menos...»

Recordó al instante a los niños que había visto en el ático, por consecuente, todo se volvió negro después que vio a los niños atemorizados abrazándose entre ellos en el rincón de la habitación. Pensando que se trató de una horrible pesadilla, se apoyo sobre el colchón para sentarse. Quedó sorprendida al ver el camisón que le cubría el cuerpo.

«Me está matando el dolor de cabeza.» Apretó los dientes, pisó el suelo sintiendo el frío llevarse el calor de sus pies. Quejándose por el dolor en la cabeza y el mareo qué le causó levantarse, se tambaleó lentamente hasta la puerta. Colocó sus manos en el marco para sostenerse y esperar que el mareo que atacó se disipara un poco al respirar debidamente, para que el oxígeno llegará bien a su cerebro.

«Necesito un poco de agua...tengo mucha sed.»

Decidida a dar vuelta hacia las escaleras viró un poco. Aunque el suelo fuera de duela se sentía muy frío bajo sus pies, imaginó que se tiraba como un costal a la duela y el frío penetraba el dolor punzante de la cabeza. Inspiró hondo para seguir su camino cuesta abajo, cuando un ruido de sierra eléctrica llamó su atención.

«El abuelo debe estar arriba en el techo...» La piel de la nuca se erizó al instante. Otra vez la sensación de peligro apareció. Dio media vuelta, seguía tambaleante, por lo tanto su mano derecha se apoyaba sobre la pared de tapiz blanco.

«Quizá él sepa porqué me duele tanto la cabeza...» Subió los escalones que llevaban al ático. Abrió la puerta y no vio a los niños. «Juraría que eran reales.» La imagen de los pequeños volvió a su mente. «Estás

engañándote tu sola...eran reales, no fue un sueño...y ese ruido de sierra eléctrica...¿qué hace en el techo?...está cortando cuerpos como un carnicero profesional...».

El cuerpo comenzó a bañarse de sudor, el camisón comenzó a pegarse en su torso, el cabello que tenía sobre la frente comenzó a perlarse en sudor, aquel líquido salado empezó a escurrir desde su sien hasta el cuello sintiendo frío.

Subió pues el último escalón que la llevaría al techo de la casa del abuelo, abrió la puerta de par en par y lo vio. El terror amenazante que la envolvió censuró la primera cosa que vieron sus ojos, un brazo frágil y terso siendo cortado en partes. Su abuelo quién disfrutaba de tal hazaña perversa, no sé percató de la parecencia de su nieta.

A él no le importaba que viera lo que hacía, porqué desde su nieta tuvo uso de razón lo miró cortando personas seleccionadas por su maldad después de quitarles la vida. Luego sin que nadie más se diera cuenta, a veces hacía unos banquetes deliciosos con carne humana. Tal sabor era exquisito y su efecto en él seguía siendo más perverso convirtiéndose en un ser más hábil para secuestrar y matar niños o adultos de entre 6 a 40 años; sin embargo a ella nunca le había dado a probar tal carne.

Era malvado, pero no quería que su amada nieta viviera lo que él, pues al comer la carne de sus víctimas, podía ver las vidas que llevaron y también, la vida que iban a tener si él no hubiese arrebatado su vida, por lo tanto, el debía recibir de alguna manera u otra, el karma de las personas que mató.

Lo aceptaba con gusto y por eso debía cuidar a una de las personas que más quería en el mundo. Giró la cabeza y sonrió con la cara manchada de sangre hacía la joven que le miraba aterrorizada. Tenía de la mano entrelazada una mano pequeña que había sido cortada y por la exaltación la levantó.

—¡Me has atrapado de nuevo!—Exclamó con júbilo.—Sabes que lo llevas en la sangre...algún día harás no mismo.

—Nunca—, titubeó la chica.

—¿Entonces por qué estás aquí?—, el anciano dejó la mano sobre la mesa, apagó la sierra eléctrica y caminó hasta la joven, quién a cada paso que daba su abuelo retrocedía alejándose de la puerta sin percatarse que iba a caer del techo si seguía caminando hacía atrás.

—Escuche ruido y...

—Siempre lo has sabido...me has visto muchas veces...—Comentó el anciano sin perder la sonrisa y sin detenerse.—Es por eso que tenía la puerta cerrada siempre, pero tu curiosidad es más fuerte el peligro que debes de sentir.

—No me hagas daño...—Chilló retrocediendo cada vez más.

—Fíjate por donde caminas...

El terror que sentía no la detuvo y cayó desde el techo hasta una carreta llena de paja. Su abuelo la vio desde el techo y al ver que estaba bien, sonrió y se alejó de nuevo. Ella, por otro lado, cerró los ojos dejando que la inconsciencia la venciera una vez más.

Capítulo 3

III

Lo que había pasado en la granja del abuelo unos pocos años atrás había quedado en el pasado como un sueño terrible que no la dejó dormir por varios días, pues estaba convencida que había sido una pesadilla. Su querido abuelo no podía ser un asesino y mucho menos un caníbal; sólo de pensarlo se le erizaba la piel que protegía la médula espinal. Desvió aquellos pensamientos pues ya estaba cerca de la nueva casa del abuelo, iba a visitarlo después de años sin verle. Llegó a la calle angosta que parecía un callejón, la casa del abuelo tenía cuatro pisos con 6 pequeños balcones; lo primero que pensó fue qué era una casa demasiado grande para una persona, más que nada, para un sujeto de la edad de su abuelo, y seguramente tenía su habitación en el primer piso. Tocó a la puerta de madera con el puño cerrado, le dolieron los nudillos, tal vez, ni siquiera el anciano pudo escuchar el toquido tan débil que pudo emitir con esa puerta de tal grosor.

Abrieron pasados unos segundos. El abuelo, quien con el rostro endurecido había abierto, expresó una mueca inexpresiva y con voz endurecida dijo:

—No quiero comprar nada...

La joven miró atónita al anciano, ¿acaso no la reconoció? ¿Padecía de demencia senil? ¿Por qué vivía solo si eso era verdad?

—Abuelo...—alegó de inmediato.—¿No te acuerdas de mí?

—¿Por qué no iba acordarme de ti?—, cuestionó con tono más suave.—Nunca se puede bromear contigo...—Se hizo a un lado.—Adelante...

—Lo siento...—La joven se adentró a la casa.

De inmediato el anciano cerró la puerta, se acercó a su nieta y con ademán de mano le indicó que siguiera adelante. Caminaron hasta el comedor, en dónde le ofreció una bebida y fruta, pero ambas fueron rechazadas, por lo cual tuvo que tomar la opción de darle un recorrido por la casa. Le mostró el comedor, el patio, la habitación de abajo donde había una cama, un buro y un televisor; el mismo televisor que veía cuando iba a la granja.

Esperaba con todo el corazón que no hubiera un cuarto donde no podría pasar, porque si había uno, todo lo que le pasó era verdad y no una pesadilla como había estado diciéndose todo el tiempo, pues al despertar de la caída del tejado en la granja, según el abuelo, todo había sido una pesadilla y ella no se había desmayado, estuvo todo el día durmiendo.

—Tu casa es enorme...—, halagó entusiasta.

—Es agradable...

—¿Por qué estás solo?—, cuestionó con curiosidad.

El anciano sonrió demostrando un ligero brillo de felicidad en sus ojos azules. Prosiguió andando hasta las escaleras de madera las cuales subió con toda la calma del mundo con su nieta a unos centímetros detrás.

—Me gusta estar solo...—, agregó.— Encuentro la soledad motivadora para componer.

La joven miró al instante el piano que estaba en la primera planta. Pocas veces llegó a ver a su abuelo tocar o por lo menos escucharlo; recordaba que le gustaba quedarse en el suelo boca abajo con los codos sobre el suelo sosteniendo su mentón con ambas manos mientras veía tocar al viejo. Su rostro se transformaba cuando comenzaba a tocar alguna melodía. Sonrió tras ese recuerdo, esperaba que en esa ocasión pudiera convencerlo para que tocará algo y así poder deshacerse de los constantes pensamientos de asesinato y canibalismo.

Así pues, el anciano le enseñó todas las habitaciones de las plantas altas, así como cada balcón que daba a la calle. Al estar viendo la calle angosta tuvo un recuerdo de su infancia, un pasado que no recordaba.

—Un momento...—, dijo.— Cuando era niña jugaba ahí abajo con los vecinos...—Confusa miró a su abuelo, quién frunciendo los labios acertó con un leve movimiento de la cabeza.— ¿Por qué no lo recordaba? Todo el tiempo has vivido aquí...tu siempre has vivido aquí...y yo...—Miró hacia la izquierda a una casa color azul.—Mi abuelita vive en esa casa...—Apuntó en dirección a la casa azul.

Confundida miró a su abuelo, quién le miraba sin delatar ninguna emoción en su rostro.

—¿Quién eres?

—¿Quién soy?

—Sí...

—Últimamente actúas muy extraño, ¿no te parece?—El anciano de inmediato le dio la espalda y comenzó a caminar por el pasillo para tomar las escaleras.

La chica perpleja empezó a recordar más y más imágenes de aquella infancia reprimida. Era cierto que jugaba a la pelota con los vecinos, a las escondidas, al fútbol, al bebe leche; tenía a una amiga de nombre Paola que siempre le contaba historias de terror a pesar de su corta edad y todo el tiempo tenía miedo de las historias que le contaba, de hecho aquella persona estaba caminando por la calle con un violín en la espalda y vio a su abuelita salir de la casa color azul. Corrió despavorida al alcance de su abuelo que ya estaba en la planta baja.

—¿Quién eres?—, cuestionó una vez más aterrada.

—Tu abuelo...

—No es cierto...tu no eres...

—Lo soy...y creo que es hora que te vayas.

Tomó a la joven del brazo, quién protestaba por las respuestas que necesitaba; sin embargo, el anciano era más fuerte que ella y la arrastraba sin hacer fuerza hacía la salida, se percató mientras era llevada hasta la puerta que alguien veía la televisión y estaba descansando en la cama ¿quién estaba ahí? Sabía que el abuelo estaba solo, ¿que había ahí?

«Otra víctima, no te hagas ilusa...lo sabes perfectamente...por eso te lleva afuera, no quiere matarte, nunca lo hará.»

—No quiero verte por un largo tiempo por aquí, Anna.

La puerta estaba abierta de par en par, su abuelo la había soltado del brazo ya estaba afuera y lo último que vio fue la puerta de madera cerrarse frente a su cara.

—¡Abuelo!—, gritó.—¡Abuelo!

El anciano nunca abrió la puerta así que la joven estuvo maldiciendo hasta que se rindió, la anciana que había visto por el balcón, aquella que había dicho que era su abuela la miró sorprendida.

—Anna, ¿eres tú?

Capítulo 4

IV

Anna está teniendo un sueño, lo sabe porque en la realidad no tomaría una clase muy importante con su abuelo de maestro dentro de una alberca pública donde el vapor del agua caliente se eleva por el techo y mantiene su cuerpo en estado de confort ya que afuera hace mucho frío.

El abuelo está detrás de un escritorio alejado de la orilla de la alberca pública, hay personas nadando en ella y a nadie parece importarle que haya dos personas fingiendo que están en una escuela, el anciano está leyendo un libro y a la vez toma apuntes, su caligrafía es perfecta, la letra en carta siempre le ha gustado a Anna porque ella no puede escribir así, por lo tanto se entretiene viendo lo que su abuelo esta escribiendo, esta claro que no puede leer porque ve la hoja al revés, pero está atenta a cada trazo fino que su abuelo hace con la pluma.

—Parece que ya has entendido la lección...—, comentó el abuelo sin dejar de escribir.

—No—, susurró Anna frunciendo una sonrisa traviesa.

—¿Qué esperas? Debes resolver esto antes que despiertes...

—Abuelo, no entiendo que es lo que debo de resolver...

El anciano acomodó sus lentes sobre el puente de su nariz para observar con atención a su nieta. Dejó de escribir y le miró por unos segundos incrédulo ante el panorama que observaba, Anna no había contestado nada en la hoja que le había dado. Dio un suspiro y volvió a lo que hacía después de decirle:

—Sigue resolviendo...

La joven refunfuñó para sus adentros y agachó la cabeza para ver la hoja sobre la paleta de la butaca donde estaba sentada, alzó un poco los pies y los metió sobre la parrilla dónde ponías objetos bajo la butaca.

Una voz masculina que a Anna le causaba pavor, y no se trataba del abuelo se escuchó tras ella, la joven miró a su abuelo en busca de auxilio de inmediato, aquel anciano entendió rápidamente, ha visto a Anna en situaciones dónde el miedo la invade, es experto en verla dominada por el miedo irracional más porque él ha sido causante un par de veces. Un joven de altura promedio, vestido con ropa casual y anteojos de color

negro se acercaba a Anna sutilmente.

—¿Por qué no has contestado mis mensajes?

—Chico, me parece que debes irte...—Atajó el anciano de inmediato sin levantarse del escritorio.

—No vengo con usted.—Respondió tajante el muchacho que apenas y tocó la espalda de Anna.

—Te he pedido que te vayas...a ella no le importa compartir un minuto más tu amistad, la tienes aterrada de miedo y si no te alejas podrás sufrir severas consecuencias...

El chico miró al anciano con actitud retadora nuevamente.

—¿Qué puede hacerme un viejo como tú?

—Algo que no te imaginas...—Respondió el anciano con una sonrisa.

Anna prefirió bajar la cabeza, otra vez el brillo intenso y asesino se plasmó en los ojos azules de su abuelo, prefería despertar en cualquier momento, que volver a tener esa clase de pesadillas otra vez. Sabía que al despertar estaría en su cómoda habitación enredada en las cobijas protegiéndose del frío invernal.

—No vuelvas a acercarte a ella, ¿entendiste?—Concluyó el abuelo acomodando otra vez sus lentes y volviendo a tomar la pluma para seguir tomando notas.—Espero que ya hayas resuelto ese problema, Anna.—Dijo el abuelo con tranquilidad después que el joven dio media vuelta y se fue sin decir una palabra.

Capítulo 5

V

Las llamas abrasaban todo el edificio viejo y derrumbado; se desconocía la causa del incendio pues en la oscura y desolada noche sólo se veían las llamas consumir el inmueble poco a poco, los espectadores veían desde sus casas o pisos de apartamento, ya habían llamado a los bomberos pero estos se habían tardado en llegar. Nadie sospechaba que dentro del edificio Anna discutía con el hermano de su abuelo. Si el abuelo le causaba pavor de vez en cuando, comprobó que esa sensación era algo heredado por la familia de él, pues su tío abuelo reía con locura mientras las llamas los envolvían por todos lados.

—Ya te dije que no morirás...esto no es nada, deberías disfrutarlo. En está noche nadie vendrá a salvarte debes ser tú quién se salve sola...si mi hermano supiera que estamos en medio de las llamas ¿crees que ambos estaríamos aquí hablando de lo que ha pasado? Solamente debes aprender a no vagar por las noches sola intentando asesinar a alguien más, solo por el simple placer de demostrar lo que no eres. Te has equivocado de objetivo, querida.

—No entiendo que estás hablando...—Musitó la joven intentando escapar de las llamas que casi tocan su cuerpo.—Sólo vine a decirte que...necesitaba ayuda.

—¿Ayuda?—Frunció el ceño el anciano.—¿A mí?

—He querido saber desde hace tiempo, si lo que he vivido cerca de mi abuelo es verdad...—Alzó los hombros mientras suavizaba el tono de su voz.—He creído que han sido pesadillas de las cosas que he sido testigo...pero mis entrañas me dicen que todo es verdad...y quiero saber si tu podrías decirme...

No pudo terminar de hablar puesto que su tío abuelo comenzó a reír a carcajadas, mirándola con incredulidad y esa sonrisa particular en él, le hizo entender que estaba incrédulo por su comentario.

—He tenido suficiente por hoy, Anna. Debo irme y no sé si puedas salir de este edificio llameante, pero...mi vehículo me espera abajo.—Retrocedió dos pasos, cerca tenía las escaleras de emergencia.

Bajó tan deprisa que cuando Anná pudo salir del edificio lo vio irse en una motocicleta, el motor resonaba por toda la calle en la desolada noche y

Anna, sólo pudo contemplarlo a lo lejos con la duda que la invadía desde que comenzó todo.

Capítulo 6

VI

Han pasado años desde que Anna no ha vuelto a ver a su abuelo. Él sigue con vida en alguna parte del mundo y tal vez, si los acontecimientos que vivió fueron reales, el seguiría asesinando personas que para el mundo están desaparecidas, porqué para ella, el abuelo está desaparecido y no ha recibido noticias sobre él, algo que no la mantiene intranquila.

El presente de Anna se concentra en un lugar hermoso, un enorme jardín que es adornado por fuentes y acueductos de antaño, lo acueductos están inservibles, pero las fuentes funcionan a la perfección y está distraída escuchando el sonido del agua caer. Como una niña pequeña sonríe al escuchar los sonidos que se oyen en su entorno, pájaros cantando, la brisa moviendo lentamente la infinidad de árboles que se ven en el panorama y el murmullo de las personas que están hablando porqué algunos no se han visto en meses o años.

Anna, ya ha saludado a los pocos amigos que tiene por ahí, han concluido sus actividades y todos están, de alguna manera, subiendo a los vehículos que los llevarán de nuevo a su hogar, no obstante, ella ha perdido un material importante y ha regresado a buscarlo a la enorme mansión, que parece un palacio antiguo de la era colonial. Ahí dentro ve personas vestidas con traje de gala tomando el té, algo inexplicable, pues podría asegurar que en ese lugar no había ni los muebles dónde las personas estaban sentadas.

Los saludos pues con respeto y confundida fue hacía el salón en el que dejó sus pertenencias, sin embargo, se topó con otra sorpresa. El lugar estaba oscuro y parecía un calabozo. El único as de luz que veía provenía de un candelabro colocado en un altar. Confundida retrocedió, pues su instinto le indicaba peligro. Tal vez se había equivocado de puerta. Al dar la media vuelta, una mujer de cabello oscuro y tez morena le detuvo colocando su mano en el hombro izquierdo. Con una sonrisa que dejó ver su hermosa dentadura provocó un temblor en toda la médula de la joven.

—¿Ya te vas tan rápido? Apenas vamos a empezar.

Anna titubeó, no sabía que responder. Las palabras las tenía en la mente pero no en su boca. Siendo llevada al centro del altar por la mujer, le colocaron una vestimenta larga. Se percató que sería parte del ritual inesperado.

«No pertenezco aquí...»

—Sólo no hagas ruido y estarás bien.

Estass fueron las últimas palabras de la mujer desconocida y, para la suerte de la chica, tuvo que imitar a todas las personas que entraron después, no habló en lo absoluto y se limitó a tener la cabeza cabizbaja, mientras una misa se llevaba a cabo, era una misa diferente a las que había presenciado cuando era una niña y al tener la oportunidad de escapar, se echo a correr hasta la puerta, la abrió y corrió por el enorme pasillo, topándose con las personas que estaban tomando todavía el té. Les pidió una disculpa enorme por la interrupción y al salir al enorme jardín, los vehículos habían desaparecido.

Asustada y agitada por el suceso anterior, decidió correr hacía el vals que escuchaba entre el bosque, que extrañamente había olvidado que existía. La melodía la estaba tranquilizando conforme corría, pues sabía que las personas que asistieron a la misa estaban buscándola, ella imaginaba que la sacrificarían para un ritual oscuro.

Así pues, Anna corrió y corrió hasta que salió del bosque y encontró otro jardín enorme. En ese jardín había carpas blancas, gente con traje elegante, una orquesta, mesas con platillos deliciosos, gente bailando, bebiendo, charlando y comiendo; sin embargo, el vals era dirigido por la persona más extraordinaria del mundo. Un asesino invisible que gustaba de comer carne humana: su abuelo.

Corrió despavorida hacia el anciano que le daba la espalda, por alguna razón aquel instinto de supervivencia que le había alertado del peligro, ahora se había esfumado y podía sentir que su corazón imploraba llegar hacía el director de la orquesta. Anna, entre su debate entre el miedo y la desesperación, escuchaba la composición de la orquesta, era realmente hermosa, tranquilizadora y energetica; por lo que le dio el valor para llegar hasta su abuelo y darle un enorme abrazo al tenerle cerca.

Aquel anciano de ojos azules la observó mientras le sonreía, le daba gusto encontrarse con esa jovencita impaciente que había salido de la nada, pero al verle agitada, con el rostro ruborizado y la frente perlada en sudor, sólo pudo dedicarle unas cuantas palabras:

—El vals debe continuar...